

Capítulo 3 - Luces pálidas

- Capítulo 3 - Luces pálidas

Capítulo 3 - Luces pálidas

Capítulo 3

Antes de que su casa fuera destruida, Angharad había navegado en el mar solo en dos ocasiones de más de una semana.

Una cuando su madre le mostró la costa norte camino a visitar a sus parientes lejanos en la Casa Bethel, y otra en dirección a la isla de Seler Seithenyn. En ambas ocasiones había viajado con la carraca comercial de la Casa Tredegar, la Rápida Aliso, que, como a su madre le gustaba contarle, no era ni rápida ni hecha de aliso. Aunque había realizado viajes menores al sur de Malan varias veces al año, en realidad la mayor parte de su tiempo en el agua había sido cuando entrenaba, a bordo de pequeños barcos de pesca prestados por un día, por lo que Angharad confesaría saber menos de barcos de lo que una hija de Rhiannon Tredegar debería.

No obstante, conocía mucho sobre puertos.

Una vez, sus padres pensaron que la mayor ciudad jurada a Llanw Hall, Patrwm, podría convertirse en un puerto tan importante como Port Cadwyn al sur. La ciudad se encontraba junto a lo que los locales llamaban la Bahía de Tredegar, y lo que su padre le había enseñado era un puerto natural. Las aguas profundas permitían fondear fácilmente, y el promontorio de Cueva de la Gavilana protegía la bahía de las tormentas. La pequeñez de la bahía y la falta de buenos caminos hacia territorios vecinos habían trabajado en contra de la ciudad, pero ambos aspectos podrían mejorar con obras apropiadas.

Pero su madre sabía que, aunque las fortunas de la Casa Tredegar habían aumentado lo suficiente bajo su tutela como para permitirse esas obras, era poco probable que terminaran en su vida. Por eso, instruyó a su esposo para que asegurara que Angharad aprendiera lo esencial para un puerto comercial. La noble no estaba acostumbrada a admitir que había resentido el ejercicio, que implicaba contar monedas y discutir derechos y privilegios—¡trabajo de hombres!—, pero había hecho lo mínimo necesario por aprender.

Ahora podía mirar al Puerto Allazei y decidir que no era un puerto muy bueno. Porque, en primer lugar, carecía de protección alguna. No había rompeolas ni puentes terrestres que protegieran los muelles de las tempestades, y aunque eso podría perdonarse por lo que Song había mencionado acerca de cómo el Anillo de las Tormentas mantenía a raya los malos tiempos, el estado de esos muelles no podía ser ignorado. Las aguas eran lo bastante profundas para que la balandra entrara con valentía, pero los jetties, que se acercaban, no eran más que veinte líneas delgadas y frágiles de piedra que sobresalían de la ciudad.

El camino elevador que todos cruzaban estaba cercado por muros bajos que conducían a lo que parecía ser una oficina de aduanas excesivamente grande, dejando tan poco espacio más allá del puerto que, si estuviera siquiera medio lleno, el camino estaría constantemente atestado. Por

ahora, solo había un par de carracas amarradas, atadas en extremos opuestos de los jetties. La capitana de las Vistas Justas parecía decidida a reclamar uno de los jetties del medio, manteniéndose a distancia.

Angharad observó nuevamente el puerto y suspiró. La Pereduri todavía se maravillaba con la torre del Gran Orrery y la Scholomance que la vigilaba, con sus torres que salían como dientes en la oscuridad, pero la ciudad a sus pies parecía ser poco más que una ruina crecida, con muelles de segunda categoría.

—¿Y qué te hace suspirar con tanta desesperación, si puedo preguntar?—

Angharad lanzaba una mirada al hombre que la había dirigido la pregunta. Tristan Abrascal aún cuidaba su lengua a su alrededor, como muchos de los de abajo lo hacían con los nobles, pero ella pensaba que era buena señal que a veces se permitiera bromear con ella. Ella misma caminaba en una línea delicada alrededor del muchacho, sin estar aún segura de los límites. En el mundo más allá de la Guardia, ambos habrían sido mantenidos a distancia por sangre y título, pero ahora ambos vestían de negro. ¿Cuánto importaba el nacimiento cuando se llevaba la capa? Ella todavía no estaba segura, así que se abstuvo de ofrecerle al muchacho su peine, aunque había tenido en la punta de la lengua la misma broma durante la última semana.

“Esos diques son demasiado estrechos,” opinó Angharad, apoyada en la barandilla mientras se levantaban en la proa. “Sería difícil descargar cargas pesadas aquí.”

El hombre de ojos grises contempló en su turno Port Allazei, su mirada evaluadora. Sin duda, Sacromonte seguía siendo uno de los puertos más importantes del mundo, a pesar de su gloria desvanecida, por lo que debería poder distinguir lo que ella poseía.

“¿O incluso solo una gran cantidad de ello?” finalmente asentó Tristan. “Este no es un puerto comercial.”

Sus palabras lograron que la mujer que estaba detrás de él emergiera de su siesta tranquilamente.

“Está destinado a la defensa,” dijo Maryam. “Ese muro parece corto ahora, pero habrán construido...”

La mujer de piel pálida frunció el ceño, mordiendo su labio.

“Ograda od dasaka,” dijo, lanzando una mirada rápida a Song.

El Tianxi preguntó a Maryam en un idioma que sonaba como el cantonés, pero con alguna variación. Maryam respondió en el mismo idioma, con alivio visible, y asintió con la cabeza.

“Acaparamiento,” tradujo Song. “Como una pasarela de madera sobre el muro, cubierta por un techo y con rendijas para flechas en la parte frontal.”

¿Flechas? Qué era eso, del Siglo de la Pérdida.

“Los diques son estrechos para que pocos guerreros puedan salir una vez,” dijo Maryam. “La calzada es pequeña, por eso la presión empuja a los invasores hacia el agua. Este lugar fue construido para luchar.”

Qué maravilla, pensó Angharad: que Maryam Khaimov pudiera hablar sin añadir alguna implicación astuta. Quizá era por la presencia de Tristan, ya que parecía esforzarse un poco en moderar su lengua cuando estaba cerca del Sacromontano. La noble debatió si hacer un esfuerzo por la cortesía con los Triglau, pero no pudo evitar sentir que sería una pérdida de tiempo ofrecer demasiada educación, cuando seguramente sería respondida con rudeza.

“No soy experto en asuntos militares,” señaló Tristan, “pero esas murallas parecen lo suficientemente bajas como para que cualquier galeón pudiera alcanzarlas con sus cañones desde lejos, y las flechas ya no serían nada.”

“Tolomontera es una tierra antigua,” dijo Song. “Ha estado habitada desde al menos la Llegada de Morn.”

Con esto, el Tianxi quería decir que las murallas fueron construidas en una época en la que la pólvora negra aún no había convertido muchas fortificaciones en montones de escombros.

“Tu evaluación sobre las dificultades en torno a la carga parece acertada,” continuó Song. “Al oeste de aquí hay un faro con una playa donde algunas embarcaciones fueron remolcadas a tierra. Imagino que allí es donde la Guardia descarga lo que el puerto no puede aceptar.”

Angharad se recostó, intentando avistar el faro, pero estaban lo suficientemente cerca del Puerto Allazei, que las luces del Orrery dificultaban distinguir más allá de su alcance. En verdad, sospechaba que incluso en mar abierto no habría logrado ver lo que veía Song, pues aquellos ojos plateados parecían penetrar la oscuridad y la ilusión por igual. Uno de los combatientes de las Fair Vistas—un joven llamado Emiliano—se acercó tímidamente y transmitió los saludos del Capitán Krac, además de que estaban a punto de atracar. Lo cual todos podían ver, pero era de buena educación comunicar.

Emiliano, alto pero encorvado, mayormente la miraba a ella al hablar y enrojecía constantemente. Angharad respondió cortésmente, como era debido, pero se aseguró de no sonreír. Aunque preferiría pensar que los vigilantes no se fijan en esas cosas, su experiencia le enseñaba que los jóvenes atraídos por ella a veces interpretan las sonrisas como una señal de ánimo. Eso podía sucharse si luego intentaban su suerte y descubrían que su interés era estrictamente por el sexo opuesto. Era más sencillo mantener la distancia.

“Transmito los saludos del Capitán Krac y mi agradecimiento personal por los libros prestados,” respondió Song. “El viaje fue rápido y agradable. Tenemos nuestros asuntos en orden y no requeriremos escolta.”

Emiliano intentó demorarse, pero la ceja arqueada de Song era una mirada de disconfirmación feroz, y pronto fue puesto en su lugar. Song, pensó Angharad por no primera vez, parecía cómoda en el mando. Casi como si hubiera sido criado con nobleza, aunque por supuesto tal cosa no sería posible en Tianxia. Angharad no estaba segura de que fuera consciente de que tal liderazgo por

parte de su amiga fuera lo más sabio, independientemente de las reglas de Scholomance, pero no podía negar que le aliviaba liberar su carga.

Nunca se le habría ocurrido, por ejemplo, enviarlos de regreso a sus camarotes para recoger sus pertenencias antes del ataque, de modo que no entorpecieran a los marineros mientras la galera entraba en puerto. Dejando de lado sus preocupaciones personales, resultaba agradable tener a alguien con conocimientos de las aguas que navegaban, con la mano en el timón.

La galera se deslizó con destreza hasta colocarse cerca del muelle, donde los estibadores lanzaban con fuerza las amarras para asegurar el buque. Luego, se colocaron cabos más gruesos hasta que el Fair Vistas quedó tensamente amarrado y asegurado. Después, lanzaron una pasarela, y un marinero se aseguró de que la contemplaran. Angharad sintió cierta sorpresa por la informalidad del acto, lo que claramente reflejaba su expresión.

“¿Algo está mal?” preguntó Song.

“Pensé que el capitán nos despediría o, al menos, el primer oficial,” admitió ella.

Maryam soltó una risita desde atrás. El sonido fue despectivo. Los dientes de Angharad se apretaron, pues tras semanas soportando esto, su paciencia comenzaba a agotarse con la otra mujer. Haber nacido en una tierra salvaje no era excusa para haber negado aprender modales desde entonces.

“No garantizamos tal atención,” dijo Song con amabilidad. “Somos estudiantes de Scholomance, Angharad, nada más. La capitana Krac manda en una galera, una posición respetada. No somos dignas de su atención.”

Los labios de la noblewoman se apretaron, pero tras un momento concedió el punto. Estaba acostumbrada a un trato más amable por parte de la tripulación, ya fuera por ser hija del capitán o por ser una pasajera paga, pero en el Fair Vistas no era así. Ella era solo una soldado bajo la vigilancia, igual que cualquier otro guardia que el capitán pudiera tener que transportar por orden de sus superiores. Se volvió para observar cómo Tristan bajaba por la pasarela, con un paso pausado mientras mordisqueaba lo que parecía un trozo de carne seca de aspecto coriáceo.

Angharad le dirigió una mirada de interrogación.

“Intercambiado por ello,” dijo sin mucho interés. “¿Quieres un pedazo?”

“Confío en que habrá una comida decente en nuestras instalaciones,” respondió ella. “Aunque te agradezco la oferta.”

“Siempre admiro el optimismo,” señaló Tristan.

Angharad frunció el ceño, pues aunque esto parecía un cumplido, no pudo evitar sentir que la estaban tomando el pelo. Tristan Abrascal era astuto con las palabras, aunque a veces pensaba que su ingenio era demasiado astuto, en la forma que llevaba a los hombres a complicarse demasiado. Pero no le quedó más remedio que apartar esos pensamientos cuando Song tomó la

iniciativa, levantando su bolso y avanzando hacia el extremo del muelle. Angharad la siguió, mientras los marineros abandonaban el galeón en su estela, comenzando a organizarse entre gritos.

Los estibadores, robustos hombres y mujeres que parecían ser en su mayoría de ascendencia Lierganesa, apenas les prestaron atención mientras los cuatro caminaban por el camellón hacia la estructura flanqueada por muros que ella había señalado antes como una aduana. Angharad se había equivocado en ello, pues ahora comprendía que un análisis más profundo revelaría la verdadera naturaleza. La isla pertenecía a la vigilancia y estaba cerrada a todos los demás, ¿sobre quiénes se aplicarían entonces esos impuestos?

No, el edificio que se extendía delante era algo completamente distinto. Solo sería parcialmente correcto llamarlo una puerta, pues aunque lo era, también representaba mucho más. La estructura parecía tener unos cien pies de ancho y treinta de alto, un elegante salón pálido a cada lado que sostenía un techo rectangular de piedra en capas. Seguramente, alguna vez en el pasado, el techo estuvo adornado con estatuas de bronce, pero los elementos los habían erosionado hasta dejarlos en una mera estructura ósea. Sin embargo, lo que realmente llamaba la atención era el amplio espacio entre los dos salones, donde siete columnas llenaban desde el suelo hasta el techo, cada una una maravilla delicada.

Se acercaron, casi con cautela, y los ojos de Angharad no pudieron evitar desplazarse de una a otra. Cada columna estaba exquisitamente cincelada en pizarra gris oscuro, con el heraldismo colorido y las palabras de una noble casa — aunque ella no lograba discernir ningún nombre de línea ancestral. Le llevó un tiempo vergonzosamente largo entenderlo. Siete casas, guardabosques dejando de lado títulos de nobleza? No eran linajes nobles, sino los pactos de la Guardia. Sus pasos se ralentizaron, y ella no fue la única.

—¿Cuál será cuál, tú qué crees? —musitó Tristan en voz alta.

—Yo sé cuál es la mía —dijo Maryam—. Está allí.

Apuntó a la columna más a la derecha, donde descansaba una luna creciente azul en un círculo blanco. Angharad encontró ambigua la inscripción del Gremio Akelarre — Más Allá del Horizonte.

—La Academia está en el centro, como siempre —comentó Song, con tono seco.

Su escudo mostraba dos franjas diagonales amarillas atravesando una mano, como ella había visto. Sus palabras eran "Un Deber y un Privilegio", aunque parecía que alguien había pintado una línea negra sobre todas las palabras, salvo "privilegio", que casi había sido borrada por completo. La marca de los Pereduri mostraba el emblema de un árbol dorado, que debía ser la Sociedad Umuthi — cuyo nombre provenía de la palabra "Umoya" para árbol — y su lema de "Una Casa de Acero".

Podía intuir a qué pacto pertenecía laurel verde, y quizás también la pluma blanca, pero su atención fue atraída por lo que debía ser el pilar del Gremio Skiritai. Angharad se acercó, y sus dedos recorrieron suavemente el heraldismo sencillo: espadas de plata cruzadas. Un escalofrío le recorrió al leer las palabras escritas debajo: "Los dioses Sangran", simplemente decía la milicia.

Esas pocas palabras eran las más breves de todas las inscripciones bajo un escudo, y demasiado austeras, que parecían más un juramento que una afirmación orgullosa.

Fue Tristan quien interrumpió su ensimismamiento con una carcajada suave, mientras se colocaba junto a la columna más a la izquierda. Lo que Angharad había pensado que era un heraldismo, no era más que una imperfección en la piedra, la única mancha en la columna. Traverseándose hacia donde estaba el Sacromontano, vio lo que él había hallado: oculta en la sombra del techo, una máscara carnavalesca negra había sido tallada en la pizarra. "Cazar la Noche", anotó la Krypteia debajo.

La quietud del portal — incluso los corredores laterales estaban vacíos, solo piedra desnuda — parecía oscilar entre la reverencia y una sensación inquietante. Angharad pensó que era como si hubieran entrado en una capilla no dedicada a algún dios, sino al mismísimo Vigía. El hechizo se rompió solo cuando vio movimiento más allá del portón. Allí, el camino se extendía unos cuantos metros antes de chocar contra un edificio de forma cuadrada y bajo, con ventanas inclinadas selladas herméticamente.

Más allá del edificio, un cruce de caminos conducía en ambas direcciones hacia las profundidades del Puerto Allazei, pero unos guardianes envueltos en capas negras cuidaban tras una barricada baja. Otros vigilaban frente al edificio, y uno de ellos divisó a su grupo bajo el portón. Silbó con agudeza para captar su atención, luego señaló que se acercaran. Song fue el primero en avanzar, seguido por los demás.

—¿Llegaron con la nave que acaba de arribar, imagino? —preguntó la mujer alta.

Tenía la expresión Tianxi, bastante similar a la de Song, pero su acento era Someshwari. Debía proceder de esas malditas tierras fronterizas entre las Repúblicas y su vecino mayor.

—Así es —asintió Song.

—Entonces, adentro, polluelos —dijo la centinela, señalando la puerta abierta más allá de ella—. Directos con el sargento Ito; él se encargará de ustedes. Es el de la mesa al fondo, con cara de que le vendría bien dormir unas horas.

—¿Y quién no?, murmuró otro guardabosques con capa negra. —Jodidas jornadas dobles.

Hubo risas entre los demás, y antes de que Angharad pudiera decidir si trataban de humor militar o si debía espantarse por la falta de profesionalismo, fueron conducidos a través del umbral. La mayor parte del primer piso consistía en una sola sala, flanqueada por escaleras de madera a la izquierda y lo que parecía ser una oficina privada en la parte trasera. El gran salón era un conjunto de escritorios, la mayoría colapsando bajo pilas de papeles y rodeados por estanterías que albergaban aún más documentación.

No era de extrañar que las persianas estuvieran cerradas: una ráfaga de viento en ese lugar significaría horas de trabajo arruinado.

No fue difícil localizar al sargento Itoro. Tan de tez oscura como sugería su apellido Malani, se encontraba sentado tras un escritorio con cuatro grandes manuscritos delante y garabateando en un papel cuando ellos se acercaron. Parecía que de verdad necesitaba descansar, pensó Angharad. Las ojeras en sus ojos eran aún más oscuras que las de Maryam, aunque, dado el palidez de la piel de Triglau, Angharad había dudado si esas sombras eran simplemente circunferencias tenues que resaltaban por contraste.

El vigilante también era, bueno, pequeño. No llegaba ni a los cinco pies de estatura, y su complexión era delgada. Se quedaron esperando pacientemente mientras terminaba sus garabatos, con un movimiento teatral, y solo entonces levantó la vista hacia ellos. Sus ojos oscuros los inspeccionaron, y luego aclaró la garganta.

—¿Estudiantes? —preguntó.

—Sí —respondió Song—. Nos dijeron que usted se encargaría de nosotros.

El pequeño hombre sopló el papel en que había estado escribiendo, lo dejó a un lado y alcanzó uno de los libros en su escritorio. Lo abrió, revelando líneas y líneas de tinta a simple vista de Angharad, y sumergió su pluma en un tintero.

—Soy el sargento Itoro —dijo—. Actualmente están en la puerta de Tolomontera, que no podrán atravesar nuevamente en este año, salvo para su prueba. ¿Tienen sus asuntos listos?

Su mirada recorrió el grupo, ganándose asentimientos en respuesta.

—Bien —dijo—. Ahora, debo advertirles. Si alguno de ustedes no es un estudiante patrocinado cuyo nombre figure en mi lista, estarán infringiendo la ley del Vigilante por pisar una isla cerrada. Serán capturados, torturados para extraer información y ejecutados de manera sumaria.

Hizo una pausa para que sus palabras calaran, dejando a Angharad preguntándose por qué los centinelas siempre parecían amenazar con ejecución en sus primeras apariciones. Al menos, esa parecía ser una perorata rutinaria, a diferencia del elaborado teatro de mando del teniente Wen con el sargento Mandisa en el Dominion.

—Entréguense ahora y podrán conservar la vida, —sugirió el sargento—.

El Malani esperó un momento, como si quisiera darles la oportunidad de confesarse. Tristan aclaró la garganta, recibiendo una mirada severa de Song que ignoró olímpicamente.

“¿Alguien realmente se ha entregado alguna vez?” preguntó él.

Sería indecoroso preguntar, por supuesto, pero Angharad no lo había hecho. Fue pura casualidad que también se satisficiera su propia curiosidad. Buen hombre.

“Una de las recomendaciones de la Guarnición pensó que sería divertido fingir que ella era, armar un revuelo,” respondió en tono moderado el sargento Itoro. “Espero que se haya reído muchísimo; realmente espero que sí. Lo suficiente como para aguantar diez años sirviendo como remo en una

galera de vigilancia.”

Solo Angharad y Maryam quedaron verdaderamente sobrias ante esa respuesta. Los remeros morían como moscas, y en ocasiones apenas eran mejor tratados. En Malán, había tal escasez de hombres dispuestos a asumir ese rol que los criminales eran utilizados por la flota real.

“Necesitaré sus nombres para los registros,” dijo el oficial. “Podremos encargarnos de los asuntos de la logia después.”

El sargento Ito fue eficiente al anotar sus nombres, luego borró las líneas del libro mayor, y, después de estar seguro de que la tinta no se smudgería, lo cerró y tomó otro.

“Muy bien, ahora el discurso de bienvenida,” dijo el malani.

Aclaró su garganta.

“Solo hay tres reglas en Tolomontera,” afirmó. “Primero, los alumnos de la Scholomance no pueden matarse entre sí. Segundo, las zonas del Puerto Allazei marcadas con pintura roja son prohibidas de ingresar. Tercero, todo estudiante de la Scholomance debe formar parte de una logia registrada.”

Eso, pensó Angharad, olía a anarquía. Se podía esperar que los nacidos en la nobleza se comportaran por su educación—bueno, la mayoría, en todo caso. Los infanzones no le habían impresionado en el Dominio. Aun así, ¿qué iba a guiar a todos aquí en Tolomontera además de los nobles? Oficiales, se dijo. ¿La Guardia no es un ejército? Sentía que esa respuesta era insuficiente. El sargento Ito tamborileaba con los dedos sobre su grueso libro de cuero sin parecer darse cuenta.

“Para ampliar la tercera regla, una logia debe estar compuesta por al menos cuatro estudiantes, pero no más de siete. Quien no esté en una logia cuando comiencen las clases será colocado en una formada por otros que también sean reemplazos, según lo asignado por—bueno, ya sea por mí o por el teniente Bao, dependiendo de quién tenga el turno. No recomiendo esto.”

Song parecía a punto de hablar, pero el sargento levantó un dedo en señal de advertencia y ella cerró la boca.

“La asignación a una logia no es definitiva,” continuó él. “Puedes solicitar en cualquier momento un traslado a otra, y si su capitán acepta, serás añadido a su lista, siempre que no exceda los siete miembros.”

Se inclinó.

“Las logias mismas no son permanentes,” prosiguió, “porque si en algún momento uno de sus miembros tiene menos de cuatro, su capitán contará con catorce días scholomance para reclutar a nuevos integrantes. Si no lo consigue, la logia será disuelta y sus miembros dispondrán de un período de gracia para unirse a otra. De no lograrlo, serán asignados a una logia de reemplazos.”

Hizo una pausa.

“Ren, ¿algo que decir?”

“Nosotros cuatro tenemos la intención de formar una logia,” respondió Song.

Se encogió de hombros.

“Eso es asunto vuestro, y lo anotaré, pero primero es obligatorio que todos los estudiantes conozcan sus derechos,” dijo el sargento Ito. “No hay motivo para preocuparse si no conocen a nadie. Las clases comenzarán en dos días, pero mañana todos los estudiantes presentes en Tolomontera se reunirán en la Plaza de la Miseria para entrevistarse y formar logias según deseen.”

Su mirada oscura se agudizó.

“Independientemente de lo que te hayan dicho, incluso por un patrocinador, ningún estudiante puede ser obligado a pertenecer a una cábala específica y cualquier acuerdo previo a su llegada —aunque sea legalmente vinculante— es nulo y sin efecto,” afirmó. “El propósito de Scholomance es formar una generación de cabalistas extraordinarios, no ensalzar el nombre de chismes fuera de estas paredes.”

El sargento Ito los miró entrecerrando los ojos.

“Conociendo esto, ahora les pregunto si los cuatro desean formar una cábala,” dijo.

Song asintió, Maryam muy cerca de ella, y tras un momento Angharad también lo hizo. Fue Tristan quien los detuvo.

“Me han dicho,” dijo él, “que si un Stripe forma parte de la cábala, por defecto se considera su capitán.”

La mirada que Song le lanzó fue dura, pero Angharad admitió que era una pregunta justa. Implicaba una cierta falta de confianza, es cierto, pero preguntar las reglas no era una acusación directa.

“Es correcto,” afirmó el pequeño hombre. “Se espera que los Stripe dirijan la cábala como parte de sus clases. Cuando conozcan a su patrón escolar, les explicarán en mayor profundidad cómo funcionan las cabalas, pero puedo decir que el liderazgo no siempre es permanente. Un líder incompetente puede ser destituido y reemplazado mediante votación.”

El hombre de ojos grises asintió.

“Es buen dato,” dijo. “Yo también me uno.”

El sargento Ito asintió, finalmente abriendo un segundo libro de registros.

“Todas las cabalas están registradas con un número,” les explicó. “Se les entregará una placa de plata con ese número estampado, que servirá como identificación y será la única forma de acceder a los fondos de la cábala.”

Tres o once podrían servir, pensó Angharad, aunque sus esperanzas fueron rápidamente desvanecidas.

“Los números del uno al cincuenta ya fueron asignados con anticipación, pero la mayoría de los estudiantes llegaron hace semanas, por lo que las opciones son muy limitadas,” explicó Ito. “Pueden solicitar cualquier número bajo ciento que no esté ya en uso para que sea grabado en su placa, pero eso puede tardar unos días.”

Siguiendo la advertencia que Tristan había recibido de su enigmático mentor, a Angharad le pareció que tendrían que rebuscar en el fondo de la lista.

“¿Qué números aún quedan?” preguntó, inclinándose hacia adelante.

El pequeño hombre filtró un hilo mientras revisaba su libro, comenzó por la última página, observó Angharad, pero todas estaban tachadas. La segunda tenía uno libre.

“Cuarenta y cuatro,” ofreció el sargento Ito.

Hubo una pausa.

“No,” dijo Song con firmeza.

Angharad quedó sorprendida por la determinación en su voz. Se acercó más a Maryam.

“¿Por qué?” susurró.

La Triglau bufó.

“Superstición Tianxi,” explicó. “El cuatro suena como—”

“La muerte,” interpuso Song rápidamente. “Es como la palabra china para la muerte. Muy mala suerte. Mis oídos funcionan perfectamente, ustedes dos, y les digo ahora que me niego a ser la capitana de la Brigada de la Muerte Doble.”

En realidad, Angharad pensó que “Brigada de la Muerte Doble” sonaba respetablemente temible, pero sospechaba que esa opinión no sería bien recibida.

“Seguramente debe quedar otro placa,” dijo en su lugar, sonriendo al vigilante.

El malani seguía hojeando su registro, asintiendo ante sus palabras.

“Uno más,” confirmó.

“¿Será el cuatro, verdad?” Tristan sonrió.

“No,” afirmó el sargento Itoro. “Ese ya está tomado.”

Song parpadeó incrédula.

“¿En serio?”

El vigilante trazó la línea con el dedo, siguiéndola hasta la lista correspondiente en la página opuesta.

“Sí. Lo afirmó el capitán Tupoc Xical,” dijo el sargento Itoro.

Un coro de suspiros se apoderó de todos, ni siquiera la suya propia fue la excepción.

“Bueno,” observó Maryam, “al menos el hombre sabe lo que hace.”

“¿Un conocido?” preguntó el sargento, con curiosidad evidente.

“Pasamos las pruebas del Dominio de las Cosas Perdidas juntos,” respondió Song.

El sargento Itoro dejó escapar un silbido bajo.

“Este año estuvo realmente desastroso,” dijo. “Bien por ustedes, chicos. Les prepara mejor para este lugar que cualquier príncipe de empresa sin cuchara de plata que hayan conocido.”

Carraspeó.

“De hecho, hay una razón por la cual este es el otro a la izquierda,” dijo el sargento Itoro mientras les entregaba el libro mayor.

Siguiendo su dedo, ella vio que correspondía al número trece. Ah, Lierganen pensaba que ese número era de mala suerte, recordaba algo sobre la caída del Segundo Imperio.

“Entonces, será Doble Muerte,” dijo Tristan.

Song lo miró.

“Treces es un buen número para apostar,” le explicó. “¿Qué tienes contra él?”

“Primero, no existe tal cosa como un número afortunado para jugar,” replicó con firmeza. “Y segundo, es la peor suerte posible, Song. Mejor llamarnos ‘esos malditos desafortunados’.”

Maryam aclaró su garganta con significado.

“Las mujeres también pueden ser desafortunadas, Maryam,” le dijo amistosamente el hombre de ojos grises.

“Nos estás decepcionando a todos, Tristan,” dijo Maryam. “Solo endereza los lomos y llámame perra.”

“No voy a hacer eso,” respondió.

El Triglau se recostó, atrapando la mirada de Song.

“Song, mi voto es por el trece.”

Hubo una pausa cargada de significado, mientras el Sacromontano entrecerraba los ojos a su amigo.

“¿Cuenta si lo hago por dentro?” finalmente preguntó Tristan.

Angharad le dirigió una mirada de reproche.

“Definitivamente cuenta,” afirmó con firmeza. “Yo también votaré por el trece, Song.”

Tristan le lanzó una mirada de traición, pero era un castigo merecido. Un caballero no debe referirse a una dama de esa manera, ni siquiera en sus pensamientos, y mucho menos si ella no es realmente una dama. El sargento Ito, aunque parecía que estaban perdiendo su tiempo, mostraba demasiada diversión para reprenderles.

“Se puede encargar una placa grabada,” les recordó. “Por menos de cien.”

“No será necesario,” sonrió Song. “Tomaremos el número trece. Gracias por su paciencia, sargento.”

“Es esto o hacer las listas, así que siéntanse en libertad de seguir discutiendo,” encogió los hombros el pequeño hombre. “Si no hay más objeciones, los inscribiré en la Brigada del Tercer Quinto.”

El Malani parecía esperanzado en otra discusión, pero Tristan suspiró y cedió. Ya en dos ocasiones, Angharad había oído a alguien llamar a la cábala una brigada, lo que significaba que no era una coincidencia.

“Si puedo,” dijo ella, “¿por qué llaman brigada a la cábala? Pensaba que eran—”

“El Watch no emplea ‘brigada’ como denominación de una formación militar, como hace el Reino de Malán,” la interrumpió el sargento Ito. “Tenemos los rangos de brigadier y general de brigada, pero el primero es un cargo administrativo y el segundo dirige una división, no una brigada.”

“Eso parece...”

Angharad se quedó en silencio, buscando una palabra cortés.

“Ridículamente complicado,” sugirió Tristan.

Lo miró con desaprobación por su rudeza, aunque era una verdad incómoda. El pequeño Malani se rió.

“El Watch está construido con los restos de bestias más antiguas, muchacho,” dijo el sargento Itoro. “Tras la caída del Segundo Imperio, las bandas errantes de Rooks se autodenominaron brigadas. Cuando el Watch empezó a absorberlas, el término se quedó, aunque ahora solo lo usan los covenanters.”

Empapó su pluma en su tintero y comenzó a anotar sus nombres, deteniéndose en — Angharad se inclinó hacia adelante. ¿La suya?

“Tredegar,” murmuró, luego se recostó en su silla.

“Jabón,” llamó. “Revisa en la caja de correspondencia. ¿No tenemos algo para Tredegar?”

“Levántate y revisa,” respondió una mujer desde la oficina trasera.

“¿Qué dice, Jabón?” musitó el sargento Itoro. “¿Turnos de mediodía y medianoche hasta el fin de los tiempos, dices?”

Una injuriosa y creativa respuesta se oyó en su dirección. Se escuchó el sonido de alguien abriendo un cofre y de unas arrugas en el papel. Solo un minuto después, salió una alta Tianxi — una cabeza más alta que Song, que no era baja — con trenzas desordenadas y una franja rosa en la cara, como si hubiera descansado la mejilla contra una mesa. Tenía una pequeña carta con un sello rojo, con la serpiente de dos colas de la Casa Tredegar, lo que animó a Angharad.

“Para una Angharad Tredegar,” dijo ‘Jabón’, pasándole la carta al sargento. “¿Algo más?”

“Insignias para la Treceava Brigada,” dijo el Sargento Itoro. “Cuatro de ellas.”

La mujer volvió de golpe por la puerta de la sala trasera, pero Angharad no le prestó atención. El pequeño hombre le pasó la carta, que ella abrió con cuidado. No era mucho, solo unas líneas.

“Mi tío confirma que está en camino a Tolomontera,” les dijo a los demás. “También me envió un regalo como felicitación por haber sobrevivido al Dominio, y confió en la guarnición local para su entrega. Solo tengo que ir al almacén correspondiente y mostrar esta carta para recogerlo.”

“También necesitarás tu placa,” le informó el Sargento Itoro. “Debe estar en el almacén de chismes, incluso si tu tío es miembro de la Guardia — en la esquina izquierda de la Calle del Albergue, en el edificio de ladrillos de horno justo antes de la curva.”

Angharad inclinó la cabeza en señal de agradecimiento. ‘Jabón’ salió con pasos firmes del cuarto trasero y regresó con una bolsa de tela que dejó sobre la mesa junto a los registros del sargento.

“Solo pedí cuatro insignias,” dijo el Sargento Itoro.

“Entonces, podría decir que fui más allá de lo pedido,” sonrió la Tianxi.

Ella se retiró, aparentemente con mejor ánimo ahora. El pequeño hombre suspiró.

“Tomen sus insignias,” les indicó mientras alcanzaba su tercer libro. “Voy a ver qué puedo hacer por el alojamiento.”

Tristan fue el más rápido, desatando con habilidad conocida como sospechosa el nudo que cerraba la bolsa, sujetándola abierta para los demás. Song metió la mano, sacando un destello plateado, y Angharad fue la segunda. Sus dedos cerraron alrededor de un sello redondo, que sacó y estudió más de cerca mientras Maryam pesqueaba.

La plata era áspera más que pulida; en un lado el número trece estaba rodeado por un dragón dormido y parecido a una serpiente, mientras que en el otro corría una franja gruesa alrededor del borde del círculo, con palabras grabadas en lo que debe ser Cantar — la lengua materna de Antigua, ahora hablada solo por los estudiosos. Ella lanzó una mirada curiosa a Song, quien se mostró cautelosa.

“Es Cantar de la época de la Unión, que no puedo leer con perfección,” advirtió la Tianxi.

“Eso es aún más de lo que cualquier otro aquí puede leer,” indicó Angharad.

Song, pareciendo satisfecha, volteó su placa para estudiar la parte trasera.

“Así,” comenzó a traducir lentamente, “hemos—¿ellos?—aprendido el... secreto, ¿el misterio? ¿El idioma? De las cosas que respiran y no, pero con el sufijo de ‘ser’ adjunto. Lo demás son números, pero no un número en particular.”

“De este modo, he aprendido el idioma de todos los seres vivos; su nombre es violencia,” citó suavemente el Sargento Itoro. “Así habló el recolector de ruinas, el que derriba tronos.”

Tristán se atragantó y Song pareció sorprendida. El sargento dibujó un círculo sobre la mesa, una superstición ortodoxa destinada a dispersar la mala suerte.

“Nuestras palabras escolares,” dijo despacio el Tianxi, “¿vienen de Lucifer?”

¿De quién? ¿El Dios durmiente? No podía estar hablando en serio. Por alguna razón, el hombre parecía encontrar eso hilarante, riéndose a carcajadas antes de secarse los ojos.

“Ay, juventud,” dijo el sargento Itoro, y ninguno se atrevió a preguntar más.

Al recomponerse, Angharad vio que su tercer libro de cuentas estaba abierto y parecía haber hecho algunas anotaciones en los márgenes mientras observaban los sellos.

“Serán alojados en el Albergue Rainsparrow,” les informó. “Una habitación individual con seis camas. Los baños están en la calle, si desean, y las tres tabernas del lugar les atenderán si muestran su placa.”

Antes de que alguno pudiera preguntar por la necesidad de pago indebido, el malani explicó con más detalle.

“Todo es gratis hasta que comiencen las clases,” dijo, “pero las tabernas llevan un registro de bebidas para cada brigada y les cobrarán si se exceden en gasto.”

“¿Y después de que empiecen las clases?” preguntó Angharad.

Él se encogió de hombros.

“Les asignarán un patrón, quien les explicará los aspectos prácticos de la vida en Port Allazei,” dijo el sargento Ito.

Angharad asintió, disgustada por la manera en que la habían rechazado, pero consciente de que no estaba en posición de exigir nada.

“Me aconsejaron buscar habitación en las Bóvedas Esmeralda,” dijo Song. “¿Se puede hacer algo al respecto?”

El pequeño hombre resopló.

“Tú y todos los demás, Ren, pero ellos llegaron semanas antes,” dijo. “Se llenó hace diez días. No hay habitaciones individuales con balcón y bañera para ti.”

¡Ay, lamentó Angharad. Una vez más, privada de las comodidades de la civilización, aunque al menos Song había hecho un valiente intento en su nombre. El sargento Ito garabateó unas palabras en papel y se las entregó a la Tianxi de ojos plateados, refiriéndose a ella por primera vez como Capitán Song.

“Buena suerte,” les deseó el sargento Ito, y así concluyó su entrevista.

Salieron de la oficina, de vuelta a la calle, pero Angharad se detuvo en el umbral. Por un momento pensó que había enloquecido, pues el mundo parecía un sueño febril, pero no era así: todo estaba envuelto en verde. La estrella falsa que flotaba en lo alto, pintando el mundo con su color, lentamente se desplazó por encima de ellos, dejando tras de sí una luz teñida de oro. Angharad tragó saliva. La estructura del Gran Orrery había estado pálida desde que dejaron la nave, como si estuvieran bajo una exposición directa al Resplandor, así que había olvidado por completo que no estaban bajo una sima.

“Eso va a costar acostumbrarse,” gruñó Maryam. “Incluso en el éter se siente diferente.”

Todos, preocupados, apretaron el paso con entusiasmo. Aunque no les habían informado de la ubicación exacta del Rainsparrow, resultó ser innecesario. La Calle de los Hostales no era muy larga, apenas diez edificios: tres tabernas, dos almacenes y cinco hostales para viajeros, mucho más grandes de lo que la ley malani exigía construir junto a los caminos reales. Eran de piedra, también, y la fachada, repleta de estatuas de gorriones, indicaba claramente su destino.

Por acuerdo tácito, decidieron primero reclamar su habitación y dejar allí sus bolsas en lugar de deambular cargados.

El Rainsparrow era un antiguo conjunto de granito desgastado, de tres pisos, con su fachada delantera adornada por una docena de ventanas dobles grandes que miraban a la calle. Entre ellas, estaban fijadas estatuas de un halcón — anidando, volando, arañando lo invisible — la mayoría en buen estado. Las puertas estaban abiertas de par en par, llevando a un vestíbulo con baldosas, vacío salvo por un estrecho escritorio de escritura, tras el cual se encontraba una mujer con capa negra y expresión aburrida, con un voluminoso libro mayor frente a ella.

Song le entregó el papel que el sargento Ito había garabateado y fue recibido con una ceja levantada.

—Debe gustarte Ito, para reivindicar un puesto por ti —dijo la vigilante—. Creo que todavía tenemos la habitación: la veintisiete.

Anotó sus nombres y señas en su cuaderno, pidió que le mostraran sus placas y solo entonces comenzó a rebuscar en su escritorio para extraer dos pequeñas llaves de hierro.

—En el segundo piso —dijo—. En el extremo derecho del pasillo. Ah, y hay una última cosa.

Abrió su libro por la última página, sin marcas, pero había unas pocas cartas guardadas allí. La vigilante las recorrió distraídamente hasta que se detuvo en una.

—Tredegar —dijo—. Tienes suerte, llegaste justo a tiempo.

Angharad tomó la carta que le ofrecían, parpadeando sorprendida.

—Parece que estás bastante solicitada —decía Maryam.

El tono dejaba en duda si era un insulto o no, así que los labios de Angharad se tensaron al abrir la carta. Sin sellar, y podía entender por qué. No era una correspondencia privada, estrictamente hablando.

PARA DAMA ANGARAD TREDEGAR,

Estás cordialmente invitada a una velada en el Antiguo Teatro el veintiocho de diciembre, con aperitivos ligeros y compañía informal.

Recorrió las líneas restantes, frunciendo el ceño al encontrar la última. Luego, al levantar la mirada, vio miradas expectantes aguardando su reacción.

—Me han invitado a una velada en el Antiguo Teatro —dijo—. Parece ser algún tipo de celebración.

—Entonces, —preguntó Maryam—, ¿por qué tienes esa cara como si te hubieran dado un puñetazo en el estómago?

Justo después del final del párrafo, aquella parte que indicaba que podía traer un acompañante, estaban los nombres de quienes la habían invitado. La capitana Nenetl, decía uno.

Pero el otro era Lord Thando. Un nombre de Malani. Un noble Malani.

—Perdón, Song —dijo Angharad—. Parece que también tengo enemigos aquí.